

Cuaderno del fugitivo

PABLO NERUDA EN LA CLANDESTINIDAD

Jorge Bellet



Fundación **Pablo Neruda**



*Fundación
Pablo Neruda*

CUADERNO DEL FUGITIVO
PABLO NERUDA EN LA CLANDESTINIDAD
CONMEMORACIÓN 70 AÑOS (1949 - 2019)

JORGE BELLET, 2019

DIRECCIÓN EDITORIAL: FERNANDO SÁEZ Y TAMYM MAULÉN
DISEÑO & DIAGRAMACIÓN: MAXIMILIANO ANDRADE
EDITOR GENERAL: TAMYM MAULÉN

LAS FOTOGRAFÍAS DE INTERIOR PERTENCEN AL
©ARCHIVO FUNDACIÓN PABLO NERUDA
Y/O SE LE HA AUTORIZADO A ÉSTE PARA USARLAS

© FUNDACIÓN PABLO NERUDA
REPRESENTANTE LEGAL: RAÚL BULNES CALDERÓN.
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SANTIAGO DE CHILE
PRIMERA EDICIÓN
AÑO 2019

Cuaderno del Fugitivo

PABLO NERUDA EN LA CLANDESTINIDAD
CONMEMORACIÓN 70 AÑOS (1949 - 2019)

J O R G E B E L L E T



***Cuaderno
del Fugitivo***

PRESENTACIÓN

Para el cumpleaños 115 del poeta, en julio de 2019, la Fundación Pablo Neruda le preparó un regalo especial: en la casa de Isla Negra apareció su Locomóvil “alado”, que mágicamente bajó desde el cielo, luego de ser restaurado en la Maestranza de la antigua Estación de Puangue. Esta vez fue trasladado con tecnología mecanizada y eficaz, e instalado en el mismo lugar donde lo dejó la carreta con bueyes que lo transportó hace más de sesenta años. Si el poeta hubiese estado presente en esta ocasión, seguramente habría añorado este método de transporte más rudimentario y amable con la naturaleza.

El asunto es que el locomóvil llegó recién pintado, como él lo pidió a mediados de los años cincuenta, así se recuperó uno de sus juguetes predilectos, que le recordaba su infancia ferroviaria junto al padre, y también el aserradero del fundo de Hueinahue, en un extremo del lago Maihue, desde donde partió el cruce de selva y cordillera en camino hacia la Libertad, durante la persecución que desatara contra los comunistas el gobierno de González Videla, hace ya 70 años.

En los capítulos de *Confieso que he vivido* que dedica al período de su clandestinidad, Neruda recuerda que el secretario general de su partido había sido hasta entonces Ricardo Fonseca, “un hombre firme y

sonriente” que cuidó con mucho celo de su vida ilegal, guardando el más estricto secreto de sus escondites y movimientos. Pero su salud se fue deteriorando “y un día se nos fue para siempre el buen camarada”, dice Neruda.

En la ilegalidad el partido eligió al sucesor de Fonseca: Galo González: “un hombre recio, cargador de sacos en Valparaíso (...) un hombre complejo, con una figura engañadora y una firmeza mortal.”

Él se ocupó de ejecutar los nuevos planes de fuga, que esta vez se cumplieron: “se trataba de trasladarme a mil kilómetros de distancia de la capital y cruzar la cordillera a caballo. Los camaradas argentinos me esperarían en alguna parte”, anota el poeta, y más adelante relata: “Salimos cuando caía la tarde protegidos por un automóvil providencial. Mi amigo el doctor Raúl Bulnes, era entonces médico de la policía montada. Él me condujo en su invulnerable automóvil hasta las afueras de Santiago, en donde me tomó a su cargo la organización del partido.”

De esta forma llegó el poeta a la hacienda maderera, donde trabajaba Jorge Bellet, a quien Neruda recuerda así: “Antiguo piloto de aviación, mezcla de hombre práctico y explorador, calzado de botas y vestido de gruesas chaquetillas cortas, tenía aire de mando innato, un desplante militar que en cierto modo cuadraba bien con el ambiente, aunque allí los regimientos alineados eran solamente los árboles colosales del bosque natural.”

En aquella hacienda se organizó el cruce de la cordillera: “Mi compañero Jorge Bellet era el jefe de la expedición – apunta el poeta en sus memorias -. A nuestra escolta de cinco hombres, buenos jinetes y baqueanos, se agregó mi viejo amigo Víctor Bianchi, que había llegado a esos parajes como agrimensor en un litigio de tierras.”

El ingeniero Víctor Pey Casado, creador del plan definitivo de fuga, en una carta que escribió a *El Mercurio*, a raíz de la película *Neruda*, recordaba que el Partido Comunista trató de sacar al poeta de Chile mientras se debatía su desafuero. Como no lo consiguió, Neruda regresó a Santiago ya desaforado, por lo que podía ser detenido “legalmente”. Él mismo pidió entonces a sus acompañantes que lo llevaran a casa de un joven comunista e ingeniero civil, José Saitúa Piedemonte. Este, que era amigo de Pey, le informó lo que ocurría y le pidió ayuda.

Pey llevó entonces a Neruda y a su mujer, Delia del Carril, a su departamento, donde la pareja se quedó por varias semanas.

“Informé de ello a Galo González, en ese tiempo Secretario General del PC, quien me agradeció la determinación, ofreciéndome lo que él creyese oportuno solicitar”, escribió Pey en su carta, agregando:

“Nadie más supo ni participó del hecho. Cabe señalar que a partir de ese momento, la seguridad personal del poeta quedó bajo mi responsabilidad, la que asumí,

debo señalar, por un sentimiento de agradecimiento por haber sido incluido en la lista de pasajeros del *Winnipeg* por decisión personal de Neruda, pese a que nunca fui militante del PC.

“El escape secreto de Neruda de Santiago hacia Valdivia lo organicé valiéndome del apoyo que me prestaron Jorge Bellet Bastías, administrador y jefe del aserradero que don Pepe Rodríguez tenía en Hueinahue, y el doctor Raúl Bulnes, médico de Carabineros, y un chofer experto en la reparación de automóviles, cuya colaboración solicite al PC.

“Salimos hacia el sur en dos vehículos: en el del Dr. Bulnes y otro que me facilitó el PC, un Chevrolet color morado. Llegamos a la altura de Graneros, donde el Gobierno había dispuesto un control de carabineros.

La credencial del Dr. Bulnes nos sirvió para pasar todos sin problema alguno, incluido Neruda, ya documentado como Antonio Ruiz Legarreta, ornitólogo.

Un poco más al sur el grupo se detuvo para celebrar el éxito en el paso del control con una corrida de whisky.

“Me despedí de Neruda, regresando a Santiago con el Dr. Bulnes y él siguió con Bellet y el chofer hacia el sur, llegando al día siguiente a casa de Bellet en Hueinahue, donde tuvieron que permanecer varios días, debido al mal tiempo”, concluía Víctor Pey.

Ahora me referiré, brevemente, a Jorge Bellet Bastías, hombre múltiple, emprendedor, aventurero, compañero, amigo, que estuvo siempre ligado a la creación de importantes empresas, sin olvidar nunca el compromiso social y político que lo motivaba profundamente. Así por ejemplo, fue jefe de tráfico aéreo de Lan, y uno de sus destacados gestores.

En 1947, Pepe Rodríguez le encargó la creación de un complejo maderero en el fundo Hueinahue, lugar prácticamente virgen, en el extremo oriente del lago Maihue.

Posteriormente se radicó en Arica, donde creó las primeras fábricas de harina de pescado, además de otra empresa fabril, de sistemas filtrantes, utilizando restos de microorganismo marinos.

En el campo agropecuario desarrolló la crianza de cerdos vinculada a una muy destacada fábrica de cecinas. Todo esto, sin olvidar nunca sus principios. En esos años organizó a los campesinos y agricultores para la defensa de las aguas y las tierras contaminadas por el relave de una Azufrera que vertía sus desechos en el río Lluta, contaminando no solo sus aguas sino también los campos regados por ellas.

El “Comité de defensa del valle de Lluta” fue un éxito, y la Azufrera tuvo que cerrar, aun cuando su dueño era pariente muy cercano del presidente de la época.

Personalmente, debo agradecerle que me sacara de Santiago a principios del año 1974, ya que por mi posición política y mi trabajo en obras emblemáticas del gobierno de Allende, como la Remodelación Parque O'Higgins y el Proyecto Cantalao, concebido por Neruda en Punta de Tralca, éramos constantemente hostigados y nuestra casa fue allanada en múltiples ocasiones.

Jorge Bellet me llevó por un periodo de varios meses a Arica, para colaborar en el desarrollo de un proyecto turístico-habitacional, aprovechando el tranque que había construido en su parcela. Todo esto con el apoyo y protección de un certificado de la junta de Adelanto de Arica, en el que se me reconocía como un profesional experto en arquitectura con sentido regional y defensor de los valores culturales étnicos existentes en villorrios y caseríos ubicados al interior de esa ciudad, lo que nos permitía desplazarnos sin problemas por los diferentes poblados, en una zona donde entonces había una fuerte vigilancia militar.

Este hombre siempre creativo, valiente y decidido, fue uno de los mejores amigos de mi padre. Por eso pensó en él cuando se planeaba sacar a Neruda de Santiago: sus credenciales de médico de Carabineros podían evitar muchos problemas y lo hicieron. Todo esto ocurrió en diciembre de 1948, motivo por el que nuestra familia fue a veranear al fundo de Hueinahue en enero de 1949, aunque yo, que entonces tenía solo 7 años, jamás supe que Pablo Neruda estaba allí, preparándose para emprender el camino hacia

San Martín de los Andes, luego viajar a Europa con el pasaporte de Miguel Ángel Asturias, y finalmente aparecer en la última sesión del Congreso Mundial de la Paz que se celebró en París, entre los días 20 y 23 de abril de 1949.

Cabe señalar que en ese congreso se abogaba por la Paz y el desarme total. Entre los asistentes se encontraban Frederic Joliot-Curie, premio nobel de Química, Pablo Picasso, el poeta Louis Aragon y el escritor y filósofo Jean Paul Sartre, entre otras personalidades, y también, aunque a última hora, Pablo Neruda, quien se disculpó por su atraso el que obedeció, desde luego, a la persecución de que era objeto. Fue así como Gabriel González Videla perdió esa batalla desigual, en la que todo su aparato policial no logró apresar a un poeta.

En enero de 1949, Pablo Picasso realizó una litografía con una composición muy simple: una paloma blanca que se destaca sobre un fondo negro. Louis Aragon eligió esa litografía para ilustrar el cartel del Congreso de la paz de 1949. La imagen se constituyó en el emblema de los congresos posteriores, en los que el pintor realizó diferentes variaciones sobre la imagen de la paloma.

Al cumplirse 70 años de la fuga de Neruda a través de la cordillera, hemos considerado que la mejor forma de conmemorar este suceso, es la publicación del testimonio directo que nos dejó Jorge Bellet.

Deseamos destacar el apoyo y autorización para publicar dicho relato y las fotografías que lo ilustran, al Dr. Augusto Bellet Pacheco (Timocho), a quien recordaré siempre, en ese ya lejano verano de 1949, saltando, en su corral de guagua en Hueinahue, mientras Jorge, su padre, le cantaba, con la música de “La raspa popular”, una canción que decía: “un señor que se llama Timocho / un señor que quiere a su papi”.

Finalmente a través del relato de Jorge Bellet, queremos recordar a todas y todos lo que ayudaron a Neruda, de una manera u otra durante el duro período de la clandestinidad y su posterior escape, sobre todo a la mujer que lo acompañó con su presencia y su amor en esos difíciles días, Delia del Carril, la Hormigueta.

Raúl Bulnes Calderón
Presidente Fundación Pablo Neruda

Agosto, 2019

*Yo atravesé las hostiles cordilleras
entre los árboles pasé a caballo.
El humus ha dejado en el suelo su alfombra de mil años.*

PABLO NERUDA

En su vida de político, como senador del Partido Comunista de Chile, Pablo Neruda tuvo que enfrentar los dramáticos días en que el Presidente de Chile, Gabriel González Videla, persiguió implacablemente todo lo que tuviera que ver algo con el marxismo militante. Neruda leyó en el Senado de la República su apasionante discurso “Yo acuso” que impresionó por su profundo contenido, su extraordinaria claridad y la firmeza dramática de sus planteamientos.

González Videla no podía contestar la acusación del senador comunista, el Partido Radical había sufrido un golpe del que con dificultad se levantaría; en ese momento se sintió el inmenso tamaño del “Yo acuso”. Neruda había volcado el peso de la historia sobre el partido de los Matta, los Gallo, Los Aguirre Cerda. Gabriel González quiso destruir al Partido Comunista y sólo había logrado dañar profundamente a su propio partido.

Pero el Presidente estaba obcecado, él tenía que castigar al político poeta, los principios del “Yo acuso” no eran discutibles, pero a su autor se le castigaría, era necesario impedir que la poesía denunciara ante el mundo el dolor de los pueblos humillados por el peso del dinero. Gobierno pidió el desafuero del senador Neruda para detenerlo, entonces el señor Neruda iba a conocer la magnitud del garrote en el poder.

Neruda perdió su fuero y toda la policía se lanzó en su contra, había que encontrarlo, obligarlo a pedir perdón. La cordillera fué cerrada y el embajador de Méjico que intentó llevarlo a Argentina amparado en su calidad de diplomático tuvo que regresar y fue

declarado persona no grata para Chile. Los puertos se controlaron con los más modernos sistemas de aquel entonces a fin de evitar que el fugitivo poeta senador intentara huir. Neruda iba a pagar su ofensa al Presidente Radical.

Mil allanamientos de una casa a otra, de un pueblo a otro. A Neruda había que rebajarlo, golpearlo, su poesía no seguiría denunciando ante el mundo, con pasión, el momento dramático en que su patria era más y más arrastrada a la dependencia del gran capital.

Descartada la posibilidad de sacar de Chile a Neruda por la zona central que estaba bastante custodiada, pasaban los meses y el Gobiernos cada vez presionaba más, el poeta no era hombre para vivir oculto, a veces sin poder hablar porque su voz era inconfundible, es entonces cuando aparece el personaje cuya historia voy a narrar, el ornitólogo Antonio Ruiz Lagorreta, de 45 años de edad, nacido en Santiago de Chile, soltero, con sus obligaciones militares cumplidas oportunamente, domiciliado en la calle Carmen 49, de profesión empleado y que sabía leer y escribir. Don Antonio se diferenciaba de Neruda por su hermosa barba y porque casi todos los chilenos queríamos que fueran diferentes.

Acompañé a don Antonio durante poco más de tres meses. Lo que voy a narrar, comienza una tarde de Setiembre de 1948, cuando al llegar al Hotel Schuster de Valdivia donde yo me he hospedaba habitualmente, me dicen que un caballero delgado y elegante me esperaba en el Bar.

Fuí al Bar, y ví sentado en un rincón tomando agua mineral a un viejo, grande y buen amigo, el ingeniero español nacionalizado chileno y profesor de nuestra Universidad Víctor Pey Casado.

Un fuerte y cordial abrazo. No creí que fuera él quien me buscaba, no pensé que era él el caballero elegante y delgado y miré para todos lados; en la sala del Bar no había nadie que demostrara inquietud por mi entrada, Víctor sonriente me dijo entonces: soy yo el que te busca, ¿te parece extraño? Pasan mil cosas muy rápidamente por mi cabeza, mi conclusión fue que Víctor estaba por casualidad en Valdivia y como sabía que yo estaba trabajando en el interior había preguntado por mí. Con su calma tan grata y tan cordial me dijo que me sentara a su lado y agregó: he viajado desde Santiago para hablarte. Iba a seguir a tu fundo cuando supe que tu venías los viernes y que te hospedabas aquí. ¿Recuerdas cuando hace más o menos tres tres meses fuiste a mi oficina en Santiago para consultarme el transporte de energía eléctrica porque te proponías instalar un generador de 200 KWA? ¿Recuerdas que describiste el sitio en el que trabajabas? ¿Recuerdas que hablabas largamente de los caminos que construías en la montaña, de las máquinas de las que disponías, del transporte de madera en carros colosos que cruzaban los dos lagos en balsas? Claro que lo recuerdo, ¿pero que tiene que ver eso contigo en Valdivia? Allá vamos, cuéntame primero de tu mujer y de tu niño. Yo tenía entonces un hijo de pocos meses. Charlamos largo, con esa cordialidad que Víctor Pey como muy poca gente sabe darle al vivir, y al final, tarde ya, cuando nos íbamos a acostar me dijo: Jorge, he venido porque sé de la

ubicación de tu fundo, sé de tu modo de pensar, y creo que en este momento eres de las pocas personas que puede contribuir a sacar a Neruda de Chile. González Videla quiere castigarlo, lo busca con toda su policía política.

Se ha intentado sacarlo en el auto de un embajador, y el Gobierno pidió el retiro del embajador. Se ha tratado de embarcarlo y se ha comprobado que todo está sellado por la policía, podría hablar mucho más pero creo que te debes haber formado una imagen de los problemas que lo rodean. No sé si recuerdas que la última vez que hablamos en Santiago tú hiciste alusión a un camino que estabas construyendo en el fundo en el que trabajas y que llegaba muy cerca de la frontera con Argentina. Me gustaría visitar el fundo, sus características generales y ver ese camino. Encantado Víctor, encantado por todo, antes que nada para que veas lo que estoy haciendo, y si esto resulta, por tener la suerte de poder ayudar a Neruda.

El Sábado estábamos en la hacienda. Víctor quedó impresionado de los adelantos de que disponíamos. Fuimos a visitar el camino en construcción y discutimos amigablemente, pero con antecedentes muy claros de la visita, todos los detalles que tendrían que ser superados en el caso que se determinara usar esa vía para sacar de Chile al fugitivo. Resolvimos que yo viajara a Santiago de regreso con el fin de establecer con la gente del Partido encargada de este asunto si aceptaba, con los antecedentes que él iba a entregar, llevar a Pablo a la hacienda y de ahí sacarlo a Argentina.

El lunes estábamos en Santiago. El dueño del fundo en el que yo trabajaba era José Rodríguez Gutiérrez, un comerciante con una personalidad muy fuerte, había ganado mucho dinero en importaciones de Brasil, hijo de un hábil comerciante español radicado en Valparaíso, sentía mucha estimación por mí y me la demostraba en el trato de patrón a empleado que nos ligaba y que él había convertido en trato de amigos.

A menudo me alojaba en su hermosa mansión en la calle Bernarda Morín en Providencia cuando viajaba a Santiago. En esa oportunidad tenía especial interés en alojarme en su casa, ya que su posición económica y política lo hacían estar muy cerca del Gobierno de González Videla. En su casa yo no era problema para la policía política, no habían sospechas de ninguna índole.

El martes fuí llamado a mediodía para decidirme que debía estar en auto, a las 11 de la noche, en la esquina nororiente del Parque Forestal a la salida del puente Purísima.

Para Pepe Rodríguez era natural que yo tuviera algo que hacer en la noche de Santiago, de tal manera que me facilitó uno de sus autos y estuve a la hora exacta en el Parque Forestal. Llegué al puente Purísima e inmediatamente salió un hombre que estaba apoyado en un árbol, se acercó al auto y me dijo ¿Ballet?, sí contesté, y subió al auto. Camina derecho me dijo y estacionate inmediatamente pasado el puente Loreto. No alcancé a hacerlo y había otro hombre en el auto. Mis pasajeros eran Ricardo Fonseca y Galo González. Siendo muy joven milité en el Partido Comunista y

por haberme encargado el Partido misiones especiales que no es del caso narrar, me alejé de la militancia activa y sólo trabajaba con la dirección. La vida y las obligaciones con mi familia me alejaron después aún cuando jamás he dejado de abrazar la filosofía marxista y esta posición me ligó siempre con una gran amistad con la antigua dirección. Hago este recuerdo aún cuando se arranca un poco de lo que estoy narrando, porque contribuye a aclarar mi curiosa actitud, que me permite alojarme y salir en el auto de un hombre rico, amigo y partidario del Gobierno que persigue a los comunistas, y al mismo tiempo trato de tú a los altos jerarcas de un partido político que con todos sus defectos se destaca por su firmeza de principios y por la rectitud de su dirección.

Galo González y Ricardo Fonseca me expusieron su programa para llevar a Pablo a Valdivia. En resumen, 15 o 20 hombres en un bus, todos armados y todos dispuestos a enfrentar cualquier dificultad y entregarme a Pablo en Lago Ranco en un pueblecito que se llama Futrono desde donde yo seguiría adelante con mis medios.

Les hice ver que no me parecía bien, que consideraba un error tanta gente, la cual, aún cuando no estuviera informada tendría que saber que iban a viajar por dos o tres días y que además era muy difícil ocultar el objetivo del viaje.

También les planteé que yo prefería un auto en muy buenas condiciones mecánicas, muy bien revisado, con toda clase de respuestos para una falla eventual y con un chofer mecánico que no estuviera informado

hasta el último momento de su misión. Pedí además direcciones de militantes muy antiguos y muy firmes en los diversos pueblos por los que tendríamos que pasar obligadamente, de tal manera que en la eventualidad de una falla mecánica o cualquier entorpecimiento del viaje, yo tuviera sitio donde entregar a Pablo hasta que pudiera volver a recuperarlo. Tratamos larga y amigablemente las dos alternativas y aceptaron mi proposición previa consulta a la dirección clandestina del Partido. Insistí en una cosa, yo dejaría pasar un tiempo, tal vez un mes antes de venir a buscar a Pablo, y la fecha la fijaría el día antes de partir.

Nos reunimos nuevamente el jueves de la misma semana a la misma hora. Mi posición había sido aceptada no sin largas discusiones y fuerte oposición de varios compañeros. Charlamos amigablemente un rato, fué la última vez que ví a ese amigo incomparable, a ese firme camarada, Ricardo Fonseca.

Pasó un mes, pasaron dos, estábamos a fines de Noviembre y el camino no llegaba a nada que pudiera conectar con una ruta argentina aún cuando su construcción cada día se justificaba más por la riqueza maderera que íbamos incorporando a nuestra futura explotación. Víctor Pey me llamaba desde Santiago para decirme que era indispensable sacar a Pablo lejos lo ante posible.

Algo era necesario hacer, el camino era lento y la lluvia torrencial, esas no tan extrañas lluvias de verano del interior de Valdivia alejó la posibilidad de encontrar una solución para esa vía.

Reuní a mis mejores vaqueros en un asado con

cualquier pretexto y charlando planteé la posibilidad de ir a Argentina, exactamente a San Martín de los Andes en un viaje para conocer las posibilidades de explotaciones madereras, y ver si existía camino al otro lado de la cordillera que nos permitiera eventualmente exportar directamente maderas procesadas en nuestros aserraderos.

La opinión de todos fue negativa, esa posibilidad era muy remota, muy costosa y requeriría una enorme inversión. Además en el mejor de los casos llegaríamos a una región argentina de bajo consumo y muy distante de Buenos Aires que era donde nosotros estábamos vendiendo madera. Insistí y propuse ir en un viaje de exploración. Me hicieron ver que el camino era duro pero viable, tendríamos que usar una ruta que usaban los contrabandistas de ganado, que cruzaba la cordillera desde el paso Lilpela e iba a dar a la ribera oeste del Lago Lacar en cuya ribera este se encontraba el balneario argentino y un pequeño pueblo llamado San Martín de los Andes.

Era un fin de semana y con dos buenos vaqueros partimos a conocer el camino. Casi sin dormir, en los días fuimos hasta el paso del Lilpela, penetramos en la cordillera y regresamos; la conclusión era de que al no haber otro camino con bastante esfuerzo y preocupaciones sería posible hacer pasar a un hombre que no dominara mucho el caballo.

Regresé al fundo y partí a Santiago a buscar al perseguido. Desde ese momento había que actuar con gran serenidad, rápidamente y con la más absoluta

determinación de sacar a Neruda de Chile y entregarlo en San Martín de Los Andes.

Estábamos a mediados de diciembre y teníamos hasta la primera quincena de Marzo con plazo fatal. No era mucho tiempo, necesitábamos hacer un jinete de un poeta y un jinete capaz de cruzar la cordillera por el paso de los contrabandistas.

¿Cómo salir de Santiago? ¿Cómo sacarlo de la casa o departamento donde se encontraba cercado seguramente por un policía política que lo perseguía tanto tiempo?

Manuel Solimano, un grande y viejo amigo de Pablo, tal vez uno de sus más cordiales compañeros trabajaba en compra y venta de vehiculos. Sin decirle nada yo había recurrido a él para que le arrendara a mi firma un auto que reuniera las condiciones de seguridad necesarias para un viaje duro hasta el Sur.

Había que salir de Santiago, pasar por el retén de carabineros de Angostura y eso no era fácil. Recurrí a un gran amigo, uno de los mejores amigos que he tenido en mi vida, con el que aún siendo yo muy niño el año 1925 hicimos un viaje a la Isla de Juan Fernández en el vapor de la PSNC "Orcoma". Raúl Bulnes era el hombre que necesitaba porque era médico de carabineros con grado de capitán y vecino de Isla Negra de Neruda y gran amigo de él.

Alojé en casa de Raúl en la calle Pio Nono a una cuadra del cerro San Cristóbal, ahí vivía él con Lala su compañera de toda la vida y sus tres hijitos: Pilar,

Jimena y Raúl. Le dije que tenía que acompañarme al día siguiente a las 8 de la tarde y tal vez hasta cerca de las 12 porque yo tenía algo muy importante que hacer. Imposible me dijo Raúl, estamos invitados a casa de otro amigo, cuyo nombre ahora no recuerdo, porque estaba de cumpleaños su señora.

Raúl, tu me vas a a acompañar a mí de tal manera que trata de deshacer tu compromiso, y cuando estés enterado de lo que te voy a pedir, no te que quepa la menor duda de que irás conmigo. Discutimos un rato, un poco en broma y a veces en serio pero yo me había hecho la promesa de no decir sino lo que fuera absolutamente indispensable a aquellas personas que fatalmente tuvieran que saber algo. No podía exponer a Neruda, yo no lo había visto y sólo hacía una hora que Galo González me había dado la dirección donde debía encontrarlo al día siguiente y nos habíamos puesto de acuerdo sobre la hora, las 20 en punto.

Víctor Pey fue siempre nuestro enlace, y fue él quien viajó en el auto en que haríamos el viaje al Sur con Neruda. Quedamos de encontrarnos en el cruce de la Panamericana con el camino a Graneros alrededor de las 21 horas. El día del viaje, después de desayunar en casa de Raúl subí a su auto para que me llevara al centro de Santiago donde él tenía su oficina. ¿Todavía crees que te voy a acompañar esta noche? Evidente Raúl, me vas acompañar hasta Graneros a las 20 horas y vas a ir con el banderín de carabineros para que nadie nos moleste, porque entre tú y yo en el asiento delantero de este auto va a ir Pablo Neruda.

Silencio, un silencio profundo pero muy corto, Raúl era inteligente, capaz, preparado profesionalmente, culto, tranquilo, pero sobre todas las cosas bueno, sano. Casi no lo creo, pero si es verdad, es tal vez la única razón que me haga dejar el compromiso de esta tarde, es un compromiso sagrado, pero algo voy a hacer, de alguna manera lo voy a arreglar. Cuenta conmigo.

Fue así como a las 20 horas de ese día, nos bajamos con Raúl en la calle Monseñor Cabrera 66 en Providencia poco antes de llegar a Pedro de Valdivia y subimos al segundo piso. Estaba Neruda, su antigua compañera la Hormiguita (Delia del Carril), Galo González, Elías Laferte y Carlos Contreras Labarca.

Todo fue muy breve, ahí partía la misión, el compromiso que yo había adquirido y que estaba dispuesto a cumplir a cualquier precio, ahí el destino me entregaba al más grande poeta contemporáneo, al hombre que con su poesía había hecho conocer a Chile y lo había honrado, al hombre que por su cultura, por su honestidad, por su incalculable valor, por su defensa de Chile frente a la historia era perseguido. ¡Qué linda, qué difícil, qué apasionante tarea tenía por delante! Plenamente consciente, dispuesto a todo para poder cumplir, asumí la gran responsabilidad que algún día con orgullo narrarán mis nietos: librar a Pablo Neruda de la prisión política de nuestro humillado Chile. La encantadora Hormiguita me abrazó y me llevó a un rincón de la pieza para pedirme que la llevara con nosotros, me prometía no molestar, en nada. Con cuanto placer hubiera accedido, que gran dolor tuve en ese momento cuando no pude, no podía decirle que sí. Fue tal vez el momento más amargo que tuvo mi misión.

Elías Laferte, Galo González y Carlos Contreras nos abrazaron, fueron tres abrazos llenos de humanidad, de comprensión del problema en el que nos estábamos metiendo. Todo, todo se dijo en esos tres abrazos que jamás olvidaré. Después vino el último gran adiós, con ese tan tierno beso de la Hormiguita.

Yo tenía algo que decir, pero Raúl y Pablo tenían sólo una hora para charlar y tenían tanto de que hablar. Creo que entre Santiago y el camino a Graneros ni siquiera intenté interrumpirlos, sólo escuché a esos grandes amigos, a esos vecinos de Isla Negra, hablar hasta de las piedras que separan sus casas, de las flores, del mar, de las grandes rocas, del cuidador y del amigo que tenía un Hotel al costado del camino antes de entrar a Isla Negra.

Yo iba preocupado, comenzaba a sentir el peso de la enorme responsabilidad que había adquirido y que tenía que cumplir. Esa hora fue tal vez la más corta que yo había vivido; casi sin darme cuenta estábamos estacionados al lado del Chevrolet rojo oscuro de el que se bajó con calma Víctor Pey primero y después el militante del P.C. que nos iba a acompañar. No sé de donde salieron cinco vasitos que Pablo llenó con un poco de Whisky y brindamos por el pronto término que fatalmente tendría que tener el dramático momento que vivía la historia de Chile; no recuerdo lo que se dijo, pero fue muy corto, muy hermoso y me llenó de orgullo de ser chileno.

Abrazos, yo dí dos grandes y muy apretados, a esos dos amigos que me acompañaban concientes de mi dura tarea. En el auto de Raúl Bulnes regresaron a

Santiago él con Víctor Pey, en el hermoso chevrolet de Solimano partimos hacia el Sur yo manejando y Pablo en el asiento delantero. Atrás el camarada que retornaría con el auto a Santiago.

Que lástima no poder narrar todo lo que habló Pablo en el viaje. Recuerdo que todavía no terminaba de poner la tercera velocidad en el auto cuando me dijo: creo que desde este momento, me debes llamar Antonio, yo soy Antonio Ruiz Lagorreta, ornitólogo, que parto hacia el Sur para trabajar en un fundo maderero que tú administras, esto será así hasta que me entregues a unos camaradas en Argentina, en San Martín de los Andes. De ahí seguiré a Europa y tu regresarás a nuestro Chile que más temprano que tarde volverá a ser ese país libre y democrático que tanto añoramos.

No existía la Panamericana Sur pavimentada por la que hoy nos desplazamos a cualquier velocidad sin sentirlo. Corríamos sobre un camino de tierra bien mantenido pero que no permitía más de 75 kilómetros por hora, pronto llegamos a Rancagua. Pablo recordó a O'Higgins y a su heroica e inolvidable salida de su plaza cercada por el ejército español. Siento un gran orgullo cuando recuerdo a Bernardo O'Higgins, a los hermanos Carrera y al increíble Manuel Rodríguez. ¿Qué dramática suele ser la historia, qué apasionante fue la vida de estos hombres y que triste su fin!

Seguimos viajando, el auto corría por la carretera y yo manejando vencía mi sueño con los documentados comentarios que sobre todo lo que nos rodeaba, sobre todo lo que ocurría hacía don Antonio Ruiz. Él sabía el nombre del insecto que acababa de morir en el

parabrisas, los años de vida y cómo había llegado a Chile el hermoso árbol que cercaba el camino, porque San Fernando, Curicó, Talca se llamaban así; donde nacía y cómo iba a caer al mar en Constitución el río Maule. Este admirable don Antonio todo lo sabía y todo lo narraba con una ternura infinita, con el amor del padre, la amistad del hermano y la curiosidad del hijo. Este compañero de viaje era joven e inagotable.

Cuando salimos de Santiago tenía un extraño malestar, había perdido ese encanto tan extraordinario de vivir que él tenía, tanto tiempo entre cuatro paredes ocultándose de la policía que lo buscaba, él que sólo tenía horizonte en su casa de Isla Negra, él que vivía el mundo y sabía gozarlo, había estado encerrado a veces sin poder hablar.

Viajando comenzaba a vivir de nuevo su vida, su mundo entero, sus árboles que chocan con el infinito, su camino interminable.

Habíamos salidos de Chillán hacia Bulnes, Antonio Ruiz poco a poco comenzaba a ser nuevamente feliz, ya habíamos hecho un largo camino cuando a poco menos de una cuadra se divisa un carabinero que con su bastón nos hace seña para que nos detengamos. Don Antonio hunde sus uñas en el cojín del asiento y mira con angustia. El carabinero estaba encima. Me detengo y el policía se acerca a la ventanilla del auto para preguntarme si lo podemos llevar unos pocos kilómetros porque iba a la casa de su madre. Intenta subirse atrás pero Antonio se corrió hacia el centro del asiento y le cedió espacio. ¿Qué charla tan grata y tan cordial se estableció entre don Antonio y

el carabinero! Creo que hasta se habló de un poeta perseguido por el Gobierno y que se llamaba Neruda. No estoy seguro.

Seguimos viajando sin problemas ¡Qué buen auto nos había entregado el buen Manuel Solimano! A ratos yo me pasaba al asiento trasero del auto y dormitaba un poco, estaba muy cansado pero no es fácil dormir, sentía el dramatismo del momento y los saltos del auto en un camino que cada vez estaba en más malas condiciones me impedían dormir profundamente aún cuando creo que a ratos lo logré. Los Angeles, Mulchen, Collipulli, Victoria y seguíamos a una buena velocidad sin ningún problema. Antonio Ruiz tomaba confianza en su destino y cada vez era más comunicativo, más grato. Yo me iba acostumbrando al peso de mi responsabilidad y ya el hecho mismo se iba incorporando a mi vivir.

Llegamos a Temuco, el camino pasaba en ese tiempo a un costado de la estación de ferrocarriles y un tren retrocediendo había chocado a una carreta de bueyes, el tránsito estaba interrumpido. Fue un poco más de media hora y se juntaron varios vehículos. El camarada que nos acompañaba y que no había hablado en todo el camino con bastante timidez en un comienzo se dirigió a don Antonio para preguntarle ¿porqué es Ud. comunista? -Yo le preguntaría a Ud. compañero porqué es Ud. comunista y tan firme camarada como nos lo han presentado; pero no quiero rehuir la respuesta.

Me hice comunista, porque viví el terrible dolor de los pueblos que sufren el hambre y verifiqué la producción

frenada, destruida, porque su colocación en los mercados había dejado de ser negocio. Me parece que la miseria puede superarse, si deja de ser la utilidad, para pasar a ser la necesidad la razón que determine hacia donde debe desviarse el esfuerzo creador.

Ud. me ha planteado un tema del que podríamos hablar mucho y del cual yo podría entregarle experiencias vividas. Nuestra generación ha sido testigo de la batalla de Stalingrado, donde el poder maravilloso de la clase obrera hundi6 para siempre en la nieve al naciismo, la forma m6s brutal del imperialismo; pero en este momento yo despu6s de casi un a6o de vivir huyendo, voy en este camino volviendo a vivir recuerdos de mi infancia, con mi libertad muy cerca, caminando hacia ella y necesito gozarla plenamente.

Poco tiempo despu6s, el tren se retir6 y nos di6 la pasada; contin6a el viaje cada vez m6s entretenido, ya don Antonio Ruiz se ha olvidado de la persecuci6n de la que era v6ctima Neruda, ya se siente libre en el auto corriendo por la carretera sin ninguna preocupaci6n.

Siguen sus an6dotas, sus recuerdos cari6osos de cada sitio por el que pasamos, el auto se desplaza por las tierras en que vivi6 su ni6ez y todo indica que la polic6a pol6tica qued6 atr6s. Llegamos a Valdivia, cargamos gasolina y partimos hacia Futrono. Era una carretera que yo conoc6a muy bien, la hac6a una vez a la semana.

Hab6amos cumplido la primera etapa, tal vez la m6s dif6cil, la m6s peligrosa de un viaje apasionante. Neruda ya era Antonio Ruiz el ornit6logo que se

incorporaba a la administración de Hueinahue para aconsejar, y eventualmente ayudar, en esa hermosa empresa que era un de las primeras en incorporar la maquinaria y la técnica modernas en la explotación maderera en Chile.

Antonio Ruiz debía prepararse para un largo y accidentado viaje, debía volver a montar a caballo lo que no hacía desde su niñez cuarenta años atrás. Pero el tiempo era hermoso, el paraje apasionante, y sobre todo, la policía más cercana a un lago y 12 kilómetros de carretera de distancia, en Llifén.

Había nacido Antonio Ruiz, un hombre verdaderamente feliz, un hombre de iba a tomar unas vacaciones en las que tenía que montar a caballo todos los días como única obligación; que tenía una agradable pieza para dormir con un buen escritorio donde instaló su maquina de escribir, buen vino, buen Whisky, buena comida, noticias del mundo con una buena radio y sin policía ni vigilancia de ninguna especie.

Qué hermosa podía ser la vida, con cuanto gusto amanecía en la mañana el buen don Antonio para tomar su desayuno, encerrarse un par de horas con su máquina de escribir y salir después a montar cada día un poco más en un caballo. Lo acompañaba mi hijo Juan de un primer matrimonio cuya madre había muerto muy joven, él tenía 11 años y este don Antonio lo impactaba. Papá me dijo una vez, ¿don Antonio sabe tanto de todo o es que inventa? La verdad es que para Antonio Ruiz el nombre de los árboles, de las malezas, de la tierra, de los insectos y de los pájaros, la vida de cada cosa, el porqué de todo no era un misterio; qué

hermoso era caminar con él por las montañas, los ríos y las praderas que rodeaban nuestra casa.

Todo marchaba bien, el buen don Antonio ya había alargado sus caminatas, mis contactos con gente que cruzaba la cordillera me permitían establecer que la salida por el Lilpela era viable, y mis informes de Santiago me hacían saber que la policía seguía allanando casas y creyendo que tenían cercado a Pablo Neruda. ¡Qué hermoso, que grande es un partido político cuando lucha por una idea y cuando defiende a uno de sus valores!.

Un sábado del mes de Febrero de 1949 en uno de mis viajes a Valdivia me encuentro con un telegrama que dice más o menos lo siguiente: “Viajo con mi padre y tres amigos próximo miércoles, llámeme por teléfono, saludos, Pepe.”

No podía todo caminar tan bien, este viaje del dueño de la Hacienda me creaba un serio problema que había que afrontar de inmediato.

Hablé por teléfono y la noticia fue confirmada, José Rodríguez se embarcaba en el tren del miércoles con su padre y tres amigos para conocer el fundo y las faenas madereras.

Yo tenía poco tiempo, mi problema era Antonio Ruiz que tenía que desaparecer, Pero, ¿dónde? ¿Qué podía hacer? ¿Cómo justificar su estada en la hacienda?. Viajé a los aserraderos y tomé contacto inmediato con Antonio.

Fue duro en un comienzo porque volvió todo el tiempo de persecución que ha habido quedado atrás ¿qué hacer? Lo primero dónde alojaría Antonio en los días siguientes cuando las cosas del fundo estuvieran ocupadas por don José viejo, Pepe hijo y los tres amigos; resuelto esto, vamos a discutir cómo afrontaremos la estada de Antonio en la hacienda de lo cual fatalmente se iba a enterar Pepe Rodríguez.

Lo discutimos largamente con Antonio y después de una descripción detallada de la personalidad del dueño de la Hacienda, de su indiscutible valor cultural, de su calidad humana, de su condición de capitalista no definido políticamente y muy emprendedor, llegamos a la conclusión que lo mejor era decirle que en su hacienda estaba escondido Neruda, y en el peor de los casos, cuando Pepe Rodríguez se fuera nosotros teníamos cuatro días hasta llegara la policía en el caso de una denuncia inmediata.

Íbamos a tener otro problema que nos iba a complicar aparentemente el viaje de salida. Al construir el camino hacia los aserraderos cruzábamos la pertenencia del Jefe de la Reducción Indígena y éste, mal informado, había disparado su escopeta hiriendo una pierna del capataz de los obreros. Yo había ido a reclamar y cuando lo ví levantar su escopeta, con mi caballo traté de impedirlo, y al hacerlo, destruí parcialmente su casita.

Esto había provocado el reclamo al juzgado de indios de Valdivia y la visita de un inspector, el cual, previo pago de los daños había dado el asunto por liquidado. El camino valoraba los terrenos del indio y además,

plenamente autorizado por José Rodríguez, yo lo había indemnizado ampliamente con tierras y dinero. Pero un tinterillo de Valdivia había hecho que el indio recurriera a Santiago al Ministerio de Tierras, el cual había designado a un inspector, el jefe del Juzgado de indios en ese momento (era el suplente porque el titular se encontraba de vacaciones) para que se trasladara a la Hacienda a fin de ver en el terreno e informar del reclamo del indio. Yo todavía no estaba informado del viaje de este funcionario, había dado por superado el incidente de camino.

El más equilibrado, el mejor organizado, el que tenía una situación económica estable de todos los miembros de la reducción indígena era don Ricardo Monsalve; hombre agradable, inteligente, con un núcleo familiar bien formado, tenía terrenos cultivados y un grupo de vacunos y ovejunos de cierta importancia.

A él recurrí para pedirle que durante los días de visita del dueño de la hacienda mantuviera en su casa a don Antonio Ruiz. Me cedió la planta baja de su casita que era muy agradable y él se fue a la alta con su familia. Estaba resuelto el primer problema, Antonio se iba a 5 kilómetros de las casas del fundo y podían llegar tranquilos don José su hijo y sus tres amigos.

Así fue, el Jueves en la mañana estaban en Paillaco en ferrocarril, de ahí en medios propios que impresionaron muy bien a don José por el estado de mantenimiento de todo, jeeps, lanchas y autos.

El viaje de Paillaco a Futrono era por carretera, ahí se tomaba una lancha para cruzar el Lago Ranco hasta

Llifen, jeeps hasta Los Llolles en el lago Maihue, ahí nuevamente lancha para cruzarlo y una vez más jeeps hasta las casas del fundo a poco más de kilómetro pero a más de 120 metro sobre el nivel del lago.

Todo en orden, todo muy bien, energía eléctrica propia, buena agua potable de vertiente, buenos baños, agua caliente a discreción. Una larga y detenida visita a los aserraderos al día siguiente después de un abundante desayuno. Al parecer la opinión de todos fue positiva porque la cordialidad hacia mí aumentó abiertamente, y en el fondo al parecer, la visita llevaba involucrado el visto bueno o el rechazo de la inversión del hijo.

Después de un abundante almuerzo los dejé haciendo siesta y me fuí a mi trabajo. Alrededor de las 18 horas pasé a visitar a Antonio y también todo había marchado bien, realmente bien. Había sido atendido don Antonio con una extraordinaria cordialidad por el buen Ricardo Monsalve. Charlamos un largo rato y sin otra posibilidad se confirmó que aquella noche yo lo visitaría con Pepe Rodríguez.

Terminamos de comer, don José se quedó en la mesa con sus tres amigos y sacó un juego de naipes, yo invité a Pepe a ver los aserraderos. Subimos al Jeep y partimos.

A poco andar y ya con la luz de un aserradero encima me detuve y le dije a Pepe Rodríguez que el poeta Pablo Neruda estaba escondido en el fundo, lo que me obligaba a renunciar a mi trabajo porque me había extralimitado en la confianza que él había depositado

en mí, le hice ver que le daba todo el tiempo que estimara necesario para que me reemplazara, que cualquier cosa que ocurriera yo asumía la entera responsabilidad.

Me escuchó con atención y se le notaba impactado, impresionado. En muy poco tiempo yo pensé mucho, me expliqué de mil maneras esa sorprendente reacción. Ninguna de mis interpretaciones fue exacta. El hombre estaba en ese tiempo para mi interminable, aceptando, gozando la idea que a ese poeta que él tanto admiraba, que tanto leía, lo iba a conocer, lo tenía en su fondo, lo estaba ayudando en un momento crítico de su vida. ¿Dónde está? Vamos a verlo inmediatamente.

Yo no podía preguntarle nada, esperaba lo mejor pero todo podía ocurrir. Había llegado un momento en que mi misión estaba sometida a una prueba de fuego.

La casa de Ricardo Monsalve estaba a unos mil metros del sitio donde estábamos. Partimo y en menos de dos minutos llegábamos a ella. Me detuve y al ruido del motor Neruda, ahora nuevamente Neruda salió a la puerta de la cabaña. Pepe Rodríguez se acercó con los brazos abiertos y le dijo: tu eres Pablo Neruda un hombre al que siempre he deseado conocer, el poeta al que tanto admiro, al que tanto he leído. Invítame a pasar a tu maravillosa casa porque la casa en que tu estés será siempre maravillosa.

Habíamos saltado la primera valla, habíamos salvado el primer tropiezo. Pepe Rodríguez conocía bien la obra de Neruda, muchos de sus versos de memoria. Pablo sacó unos borradores recién escritos y los leyó;

alegres, gratos, profundos comentarios y una botella de whisky nos hicieron llegar a las dos de la mañana. Era necesario ir a descansar, yo tenía que estar a las siete de la mañana en mi trabajo y mi jornada era dura, ellos podían dormir.

No pude pensar nada en la ruta de regreso. Mil, miles de cosas circulaban más rápido que el camino: es esta una de las noches más hermosas de mi vida, conocí a este hombre que es el más grande poeta de este siglo. ¡Qué lástima que no pueda contarle esto a mi padre!. Procure que nada le falte, llévele agua mineral y hielo porque ví que tiene whisky. Como ud. ve Jorge los comunistas también toman whisky. La diferencia está le dije en que nosotros deseamos que todos tomen. Eso es imposible pero como Uds. siempre tiene algo que contestar me va a decir que en ese caso nadie tome y así vamos a seguir.

En los aserraderos había mucha gente trabajando, construimos caminos, se transportaba madera en bruto, se volteaba árboles macizos, todo había que vigilarlo, tomar nota de los mil detalles que determinan una buena e industrializada explotación maderera.

Al mediodía abundante almuerzo con las visitas que lo único que iban a hacer pasear y descansar; pero yo no podía hacer otra cosa fuera de moverme, trabajar y estar al corriente de todo lo que pasaba.

Llegó una vez más la noche y Pepe Rodríguez la esperaba con ansiedad, él quería ir a casa de Pablo y volver a leer, a charlar el buen Whisky, a gozar su poesía inédita.

Otra vez hasta las dos y media de la mañana. Yo no entendía bien lo que se hablaba y cuánto lo siento, Pablo y Pepe Rodríguez se alternaban para leer y leían cosas hermosas, la botella de whisky lentamente perdió su alto nivel e iba quedando vacía. Partimos, en las casas que estaba don José padre con sus amigos jugando a las cartas. ¿De donde vienen a esta hora? Por suerte nosotros trabajamos en los aserraderos las 24 horas de tal manera que fue fácil relatar lo entretenido y con que facilidad pasa el tiempo viendo trabajar. Sabían que no había cabarets en la montaña de tal manera que era evidente que estábamos en los aserraderos, era grato para don José que su hijo se interesara tanto en las faenas nocturnas. Se acercaba el día en que debían regresar a Santiago los Rodríguez y sus amigos, y también se acercaba el día que en que yo debía llevar a Pablo a San Martín de los Andes.

Neruda ya era amigo de Pepe Rodríguez y en una de esas para mí interminables noches le planteó francamente que le contestara si él podía confiar en que su permanencia en el fundo Hueinahue, no llegaría a oídos de las autoridades; ya que en ese caso, que él lo tenía previsto, tendría que huir a otra parte. Claramente le dijo que entendía todo, pero que se sentía amigo de él y que al amigo le exigía una respuesta muy honesta.

Pepe Rodríguez estiró su mano y le dijo: te doy mi palabra de honor Pablo, que aún cuando me agradecería relatar con orgullo que he estado a tu lado aquí en mi fundo, tu puedes contar conmigo, soy capitalista con todas las fallas del capitalista, pero cuando soy amigo, se ser amigo de mis amigos y tu eres un amigo del cual me siento orgulloso.

Todo fue muy bonito, declaraciones muy románticas, seguramente muy sentidas, pero para mí, que tenía la responsabilidad de entregar al poeta perseguido en Argentina, Pepe Rodríguez tenía que partir con la convicción de que Neruda se quedaba en Huinahue; con esa convicción se fue con su padre y sus amigos al día siguiente.

Estábamos a fines de ese corto mes de Febrero. El 5 de Marzo don Antonio Ruiz tenía que volver a ser Pablo Neruda en una lujosa hostería en San Martín de Los Andes y teníamos a lo menos dos días de viaje por la cordillera.

Todo se venía encima, llevar a Valdivia a mi mujer con el niño, dejarlos instalados por unos días y yo regresar. Por suerte que contaba con esa maravillosa mujer que fue mi compañera durante 44 años, esa mujer tranquila, madre por sobre todas las cosas del mundo, que me toleró y me acompañó siempre, hasta hace pocos días, en que rodeada del gran afecto y ternura de sus tres hijos y mía nos dejó para siempre. Con ella llegamos al acogedor Hotel Schuster y al llegar me entregaron un telegrama urgente. “Representante juzgado de indios señor Víctor Bianchi Gundian lo esperará Hotel Futrono 26 pte”. El asunto me complicaba mucho. Víctor era buen amigo mío y yo no temía su visita, muy por el contrario, iba a verificar, si es que venía por el incidente con el indio, que nosotros nos habíamos portado incuestionablemente muy bien. Pero, ¿y Neruda?, no había tiempo, el 5 de Marzo tenía que entregarlo en San Martín de los Andes. ¿Conocía a Neruda Víctor Bianchi?.

Regresé de inmediato a Hueinahue y ahí estaba el nuevamente alegre camarada Antonio Ruíz, contento con la cercanía de su viaje a la libertad. Lo llamé aparte y antes que yo le hablara me preguntó ¿me traes otro Pepe Rodríguez? Mi cara, mi actitud debe haber sido muy expresiva. Sí le dije, ¿conoces a Víctor Bianchi Gundian? Sí Hombre, sí; no sólo lo conozco es un amigo al que quiero entrañablemente: Víctor es un tipo estupendo, alegre, cordial, abierto como el horizonte, gran amigo; no sigas hombre, no sigas. ¡Qué peso me has quitado de encima! Fíjate que Víctor viene al parecer por el incidente que tuve con el indio y llega mañana, tengo que ir a esperarlo al lago Ranco. Te acompaño, los dos vamos a tener un gran gusto al vernos.

La embarcación que transportaba los pasajeros entre la estación Lago Ranco y Llifén había salido a las 10 de la mañana. Nosotros nos acercamos en mitad del lago con nuestra embarcación. Con las señales correspondientes nos juntamos y preguntamos por el pasajero señor Víctor Bianchi, se acercó y saltó a nuestra embarcación. Nos saludamos con atención, Víctor no sabía que era a mí a quién venía a visitar por el incidente con el indio, en ese momento salió un señor de la cabina de mi embarcación, un caballero con una larga barba canosa y Víctor lo reconoce, pero no entiende bien si yo que era la tercera persona presente sabía de quién se trataba; sin saber que hacer, pierde su cálido color rosado y se pone lentamente blanco. No podíamos dejar pasar más tiempo y primero Pablo y después yo le dimos un fuerte y cordial abrazo al extraordinario, al increíble Víctor Bianchi que en ese momento se incorporó con todo su

inagotable calor humano a nuestra travesía que ya no tendría más dilaciones. Uno o dos días en Hueinaue, Víctor resolvió el problema con el indio el que quedó tranquilo y pasó a ser un buen vecino.

Pablo Víctor y yo, la mañana del día 3 de Marzo de 1949 cruzabamos en lancha de nuestro puerto en el fondo oeste del lago hasta su costado norte a la desembocadura del río Curringue. Ahí estaban nuestros tres vaqueros, nuestros tres Juanes con nuestros caballos ensillados listos para iniciar la última etapa de esta hermosa travesía. Queríamos llegar a pernoctar a los baños de Chihuio y con una jornada aliviada teníamos tiempo más que necesario para lograrlo en el resto del día.

Partimos lentamente, llenos de alegría, algo nos decía que todo iba a terminar bien. El río Curringue traía un poco más de agua que en mi viaje reciente, un Juan amarró su lazo a la brida del caballo de donde Antonio y los otros dos se pusieron detrás de él, el vado era bueno pero profundo y pasamos sin dificultad, nos mojamos pero el día era hermoso, don Antonio nos dijo a poco caminar que era la primera vez en su vida que quedaba sobre un caballo flotando en el agua y que había tenido miedo; los Juanes lo miraron con afecto, con respeto, con simpatía devolviéndole su paternal amistad.

En su discurso, cuando recibió el premio Nobel 23 años después, Neruda relata así su paso por el río Curringue:

“Teníamos que cruzar el río. Esas pequeñas vertientes nacidas en las cumbres de los Andes se precipitan, descargan su fuerza vertiginosa y atropelladora, se tornan en cascadas, rompen tierras y rocas con la energía y la velocidad que trajeron de las alturas insígnies: pero esa vez encontramos un remanso, un gran espejo de agua, un vado. Los caballos entraron, perdieron pie y nadaron hacia la otra ribera. Pronto mi caballo fue sobrepasado casi totalmente por las aguas, yo comencé a mecirme sin sostén, mis pies se afanaban al gárete mientras la bestia pugnaba por mantener la cabeza al aire libre. Así cruzamos. Y apenas llegamos a la otra orilla, los vaqueanos, los campesinos que me acompañaban me preguntaron con cierta sonrisa:

-¿Tuvo mucho miedo?

-Mucho. Creí que me había llegado mi última hora -dije.

-Íbamos detrás de Ud. con el lazo en la mano -me respondieron.

-Ahí mismo -agregó uno de ellos -cayó mi padre y lo arrastró la corriente. No iba a pasar lo mismo con Ud.”

Caminamos lentamente y al atardecer llegamos al término de nuestra primera etapa, los Baños de Chihuio eran rústicos, piezas de adobe con techos de paja con barro y puertas de tronco, el agua termal caían en un hoyo en la tierra en forma continua, pieles de oveja en el piso y para dormir otras pieles y pellones de nuestras monturas hacían una blanda y cálida cama.

Era temprano, aún no anochecía, dejamos en las aguas termales el cansancio del viaje y pasamos a comer carne y queso al gran galpón que hacía las veces de posada. Al centro de la pieza, apoyada en el mudo del

fondo y cercada por un gran rectángulo de troncos semi quemados y piedras gastadas por el tiempo había una enorme fogata, alrededor de la cual, sentados sobre ladrillos o en las monturas de sus cabalgaduras, o sobre troncos labrados con hacha, o simplemente en el piso, había unos 25 o 30 hombres fuertes, de diversas edades, con la cara del dolor de vivir, con un cacho de buey en sus manos y una jarra con vino para cargarlos, algunos comían un trozo de carne recién tostada sobre las brasas un queso cruzado con un hierro y chorreando todo el calor del fuego cercano.

Allí, formando un cariñoso círculo, nos sentamos Antonio Ruiz, Víctor Bianchi, nuestros tres Juanes y yo. Una gran bandeja envejecida, una barra para linchar el queso y una jarra con vino tinto aparecieron en cualquier momento en nuestro cálido grupo. El sonido de una mala guitarra, el ruido de algunas gargantas gastadas por el tabaco, el cantar triste de algún comensal llenaba el barracón.

Antonio comenzó a narrarnos cosas del Sur, de la vida de su gente, de quienes habían llegado a esas tierras para criar sus animales y cultivar malamente esos difíciles terrenos, alguna que otra historia de viejos delincuentes que hicieron famosos sus nombres. Yo comía con agrado mi queso y mi carne, disfrutaba ya de esa ruta, allí no había policía y comenzaba el término de mi delicada misión, nuestro poeta iba al mundo a contar y a cantar nuestra historia, las persecuciones a nuestro pueblo, nuestro dolor ya no se podría ocultar; yo pensaba y soñaba con el mañana, cuando iba a cumplir con esa hermosa tarea que la suerte me había permitido exitosamente realizar.

Lentamente volví de mi sueño con mi queso caliente chorreando en mi barra, cuando miro hacia los costados y veo que todos los comensales nos rodeaban y don Antonio con su cálida y grata voz, tan única, tan profunda y penetradora, contestaba una a una las locales y lejanas, las siempre gratas preguntas que con una extraña admiración le formulaban uno a uno los vaqueros de la hostería. Antonio todo lo sabía de todo tenía alguna referencia, todos quedaban contentos con su respuesta, de todos era el maestro, de todos era el siempre amigo. Qué extraña, qué acogedora personalidad la de este don Antonio que era capaz de ganarse el afecto de todos los que lo rodeaban; que es efectivo que sabía muchas cosas, que conocía ese Sur de Chile donde su padre lo crió, que había oído de todas sus historias y recordaba con un profundo contenido humano la vida de todos sus hombres, bandidos o santos, pero por sobre todo estaba la indefinible cordialidad que emanaba de todo su ser.

Se hacía tarde y nosotros teníamos que salir con el amanecer al día siguiente; si no me entregaban a don Antonio, y yo me convertía en enemigo de todo ese grupo porque quería que nos fuéramos a descansar.

Sólo después de medianoche logré salir y me acerqué al dueño de la posada para pedirle la cuenta de nuestro consumo, el hombre me conocía ya que la hacienda en la que yo trabajaba estaba a no gran distancia, me dijo tomándome el brazo: don Jorge, no me debe nada, y cada vez que venga don Antonio aquí Ud. no paga, somos nosotros los que quedamos debiendo, no quedan muchos don Antonio en el mundo.

A Pablo esta inmensa cordialidad lo impresionó mucho y así lo narró en su discurso ante el Rey de Suecia:

“Más lejos, ya a punto de cruzar las fronteras que me alejarían por muchos años de mi patria, llegamos de noche a las últimas gargantas de las montañas. Vimos de pronto una luz encendida que era indicio cierto de habitación humana y, al acercarnos, hallamos unas desvencijadas construcciones, unos destartalados galpones al parecer vacíos. Entramos a uno de ellos y vimos, al claror de la lumbre, grandes troncos encendidos en el centro de la habitación, cuerpos de árboles gigantes que allí ardían de día y de noche y que dejaban escapar por las hendiduras del techo un humo que vagaba en medio de las tinieblas como un profundo velo azul. Vimos montones de quesos acumulados por quienes los cuajaron a aquellas alturas. Cerca del fuego agrupados como sacos, yacían algunos hombres. Distinguimos en el silencio las cuerdas de una guitarra y las palabras de una canción que, nos traía la primera voz humana que habíamos topado en el camino. Era una canción de amor y de distancia, un lamento de amor y de nostalgia dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida. Ellos ignoraban quienes éramos, ellos nada sabían del fugitivo, ellos no conocían mi poesía ni mi nombre. ¿O lo conocían, nos conocían? El hecho real fue que junto a aquel fuego cantamos y comimos, luego caminamos dentro de la oscuridad hacia unos cuartos elementales. A través de ellos pasaba una corriente termal, agua volcánica donde nos sumergimos, calor que se desprendía de las cordilleras y nos acogió en su seno.”

“Chapoteamos gozosos cavándonos, limpiándonos el peso de la inmensa cabalgata. Nos sentimos frescos, renacidos, bautizados, cuando al amanecer emprendimos los últimos kilómetros de jornada que me separarían de aquel eclipse de mi patria. Nos alejamos cantando sobre nuestras cabalgaduras, plenos de un aire nuevo, de un aliento que nos empujaba al gran camino del mundo que me estaba esperando. Cuando quisimos dar (lo recuerdo vivamente) a los montañeses algunas monedas de recompensa por las canciones, por los alimentos, por las aguas termales, por el techo y los lechos, vale decir, por el inesperado amparo que nos salió al encuentro, ellos rechazaron nuestro ofrecimiento sin un ademán. Nos habían servido y nada más. Y en ese “nada más”, en ese silencioso nada más había muchas cosas subentendidas, tal vez el reconocimiento, tal vez los mismos sueños.”

Al amanecer del 4 de Marzo iniciamos la más dura jornada, el cruce de la cordillera por el paso de los contrabandistas. Los tres juanes tenían los caballos ensillados y recién amaneciendo partimos hacia el paso del Lilpela. Poco más de una hora de buena marcha y llegamos al pie de la cordillera. Nos bajamos a abrir nuestros termos y a comer buenos panes amasados todo regalado por el bueno de la posada de Chihuo. Todos hablábamos, había alegría de vivir, estábamos contentos porque el día era hermoso, Antonio, Víctor y yo porque veíamos el fin de una difícil jornada, los tres Juanes porque sus caballos estaban bien, había buena comida y sentía nuestro placer.

Estábamos sentados en un faldeo desde el que nacía un gran árbol de cuyo tronco yo me afirmaba. Don

Antonio me dijo sonriendo: ¿Cómo dijiste que se llamaba este sitio? Paso del Lilpela le contesté; ¿por qué no grabas con ese puñal que tienes en la cintura unos versos en ese lindo tronco en el que te apoyas?

Qué bien aquí se respira
en el paso del Lilpela
donde aún no ha llegado la mierda
del traidor González Videla

Así quedó marcado el tronco de ese árbol, ese recuerdo que dejaba al partir de su patria, todo el desprecio del poeta viajero por el “traidor Gonzalez Videla”. Era necesario seguir y con un Juan adelante continuamos nuestro viaje, la parte más dura y más difícil, el cruce de la cordillera comenzaba, nos internábamos por el paso de los contrabandistas. ¡Qué camino maravilloso! Saltando sobre viejos troncos gastados por los años, en bosques que a veces el sol vencía y lograba llegar con su hermoso brillo hasta la maleza que las patas de nuestros caballos iban aplastando, cada cierto tiempo una marca en un tronco que nos serviría al regreso.

Iba con plena conciencia gozando cada segundo de la vida, miraba a Antonio más firme sobre su caballo y a los tres Juanes cuidándolo, Víctor no era problema, él vivía y gozaba como yo de todo.

De pronto se detiene la caravana y el Juan que iba adelante me dice: don Jorge, esta subida y me muestra el camino, es muy fuerte y no sé cómo seguirá en la curva. ¿No cree que es mejor que don Antonio suba a pié? Dudé un poco y como yo era joven y en ese tiempo vivía montado a caballo, quise verificar yo mismo la

subida. Lancé mi caballo por la huella y después de una curva que impedía ver la continuación del camino, había una roca vertical de unos sesenta centímetros de altura, que era necesario saltarla hacia arriba para seguir la pista. Eso el caballo de Antonio con él encima no podría hacerlo. Me di vuelta para decir que subiera a pié, cuando veo a Antonio que venía subiendo la ya difícil primera parte. Mal sentado en la montura, sin inclinarse hacia adelante para ayudar al caballo en subir, veo sin poder hacer nada, cómo el animal se va de espaldas en ese pequeño callejón de piedras rodeado de gruesos troncos, en el que yo estaba arriba y el resto de nosotros estaba abajo.

Todo fue muy rápido, yo salté de mi caballo y me fuí sobre Pablo que estaba en el suelo al costado de las piedras entre dos gruesos troncos. ¿Qué tienes, dónde te pegaste, qué daño te hiciste? No lo dejaba contestar. Él sonreía, yo me bajé, fue el caballo el que se golpeó, cuando ví que se iba de espaldas me tomé de este árbol y el caballo pasó a mi lado, casi me dió una patada.

Seguía mi suerte extraordinaria, Pablo no tenía nada y su buen caballo blanco sólo se había roto el hocico y un tajo no profundo en una pata que no le sangraba. No sin dificultad subimos a pié y con media hora de atraso seguimos el viaje.

Continuaba el maravilloso sendero pero ya con mejor camino, los árboles eran más chicos y más ralos, de pronto llegamos a una cancha con maleza y algunos árboles que la cercaban. Había la cabeza de un animal rodeada por un círculo de tierra sin verdor, se veía el terreno pisoteado por el mucho caminar. Nuestros

Juanes desmontaron de los caballos y saltando en una pata dieron cada uno cinco vueltas alrededor de la calavera, después echaron unas monedas sobre otras que allí había. Según los Juanes, ese curioso rito era necesario hacerlo si queríamos tener éxito en la misión que llevábamos. Así lo hicimos y dejamos unas monedas en la calavera. Antonio cada dos o tres saltos en una pierna se apoyaba en la otra, pero dió las cinco vueltas. Su caída del caballo y la extraña danza alrededor de la cabeza del buey, la narra así en su discurso:

“Seguimos hasta entrar en un túnel natural que tal vez abrió en las rocas imponentes un caudaloso río perdido, o un estremecimiento del planeta que dispuso en las alturas aquella obra, aquel canal rupestre de piedra socavada de granito, en la cual penetramos. A los pocos pasos las cabalgaduras resbalaban, trataban de afinarse en los desniveles de piedra, se doblegaban sus patas, estallaban chispas en las herraduras: más de una vez me vi arrojado del caballo y tendido sobre las rocas. Mi cabalgadura sangraba de narices y patas, pero proseguimos empecinados el vasto, el espléndido, el difícil camino”.

“Algo nos esperaba en medio de aquella selva salvaje. Súbitamente, como singular visión, llegamos a una pequeña y esmerada pradera acurrucada en el regazo de las montañas: agua clara, prado verde, flores silvestres, rumor de ríos y el cielo azul arriba, generosa luz ininterrumpida por ningún follaje”.

“Allí nos detuvimos como dentro de un círculo mágico, como huéspedes de un recinto sagrado: y mayor condición de sagrado tuvo aún la ceremonia en la que participé. Los vaqueros bajaron de sus cabalgaduras. En el centro del recinto estaba colocada, como en un rito, una calavera de buey. Mis compañeros se acercaron silenciosamente, uno por uno, para dejar unas monedas y algunos alimentos en los agujeros de hueso. Me uní a ellos en aquella ofrenda destinada a toscos Ulises extraviados, a fugitivos de todas las raleas que encontrarían pan y auxilio en las órbitas de toro muerto”.

“Pero no se detuvo en este punto la inolvidable ceremonia. Mis rústicos amigos se despojaron de sus sombreros e iniciaron una extraña danza, saltando sobre un solo pié alrededor de la calavera abandonada, repasando la huella dejada por tantos bailes que otros por allí cruzaron antes. Comprendí entonces de una manera imprecisa, al lado de mis impenetrables compañeros, que existía una comunicación de desconocido a desconocido, que había una solicitud, una petición y una respuesta aún en las más lejanas y apartadas soledades de este mundo”.

Teníamos un tiempo impresionantemente bueno. Era casi mediodía de modo que tomamos un café, comimos algo de lo que nos quedaba y seguimos nuestro viaje. Habíamos caminado muy poco y uno de nuestros Juanes se devolvió, yo lo miré para ver lo que hacía, y nuestro buen camarada iba a retirar las monedas de la calavera. Le encontré la razón y seguimos viaje.

La bajada al lado argentino es mejor, la vegetación más ordenada, en San Martín de los Andes hay un jefe de Parques Nacionales que vigila y recorre con cierta regularidad todos los bosques. Al atardecer llegamos a Huahum al costado poniente del lago Lacar, habíamos dejado atrás a unos 500 metros el último retén fronterizo chileno.

Con los documentos de Antonio Ruiz, Víctor Bianchi, los míos y los de los tres Juanes fuí al retén. Yo tenía un pasavante de carabineros de Valdivia que se me había otorgado por mi calidad de administrador de una explotación maderera de importancia, además llevaba el carnet de funcionario público de Víctor Bianchi de tal manera que la historia de nuestro viaje y la existencia de Antonio Ruiz nada les extrañó, nos ofrecieron atención para los tres Juanes en el caso de que les fuera necesario ya que ellos quedaban esperándonos al costado oeste del lago cuidando los caballos. En uno de los últimos viajes de la tarde de la lancha que cruza el lago, pasamos a San Martín de los Andes.

Nos fuimos al Hotel de Turismo, y aún cuando no nos querían recibir, tal vez porque veníamos sucios y sin afeitarnos dos días, la cordial intervención de un oficial de ejército que mientras yo discutía con el empleado del hotel, él hablaba con Víctor y Pablo y se dió cuenta de que no éramos lo que aparentábamos, permitió que se nos cediera una buena pieza con baño para los tres.

Un buen baño, una gran afeitada y pasamos a comer. Vivíamos uno de esos momentos en que la diferencia

de cambio nos favorecía impresionantemente, estábamos cansados de modo que después de comer bien, caminamos un poco y nos fuimos a acostar.

A la mañana siguiente, a las 9 en punto, era día 5 de Marzo de 1949, yo me paseaba con una pipa encendida en mis manos, con traje de montar y con una camisa azul a cuadros, por la galería cuyo ventanal miraba hacia el pueblecito de San Martín de Los Andes tal como estaba convenido con la gente del Partido Comunista argentino.

A las 10 de la mañana subí a hablar con Neruda y con Víctor; nos explicábamos qué podía haber pasado. Era día 5 de Marzo, estábamos en San Martín de los Andes, en el mejor hotel de la localidad, que quedaba a unos 3 o 4 kilómetros del pueblo que tenía una hermosa galería desde la que se veía toda la ciudad. Era exactamente lo que habíamos convenido.

Salimos a caminar, visitamos el pueblecito que era muy agradable y regresamos a almorzar. Yo estaba bastante intranquilo, tenía a mis vaqueros esperando, problemas en Huainahue la hacienda que yo administraba, mi mujer con su niño de pocos meses en un hotel de Valdivia, y lo peor era que no teníamos a nadie con quien hacer enlace.

El día 6 a las 9 en punto yo me estaba paseando nuevamente, comencé a pensar en qué podríamos hacer si esta gente no llegaba, era posible que comenzáramos a llamar la atención de las autoridades por nuestra extraña conducta en todo sentido, la manera de llegar, haber dejado caballos y vaqueros en

el extremo del lago, caminar juntos los tres todo el día. Todo raro, no podíamos dejar pasar el tiempo.

Nos reunimos en la pieza en la noche y acordamos, que si al día siguiente no aparecían nuestros contactos, yo iría a visitar a las autoridades, tres altos oficiales del ejército y que se desempeñaban como Gobernador, Comandante del Regimiento y Jefe de Parque Nacionales y que trataría de dar una explicación razonable a nuestra extraña aparición en ese hermoso pueblecito. Yo iba a ser el dueño de la hacienda Hueinahue, relataría que estábamos exportando madera a argentina, lo que era efectivo, y que buscando nuevos bosque nos habíamos internado en la cordillera por un extraño camino que llamaban el paso de los contrabandistas y que a pocos kilómetros de distancia nos informaron de este hermoso pueblecito que nos habían dado deseos de conocer. Nuestros tres vaqueros nos esperaban con los caballos al otro costado del lago y que nosotros descansábamos un par de días. Pablo era mi secretario particular y Víctor un alto funcionario público que tomando sus vacaciones se había encontrado con nosotros que éramos sus amigos.

Nuestro relato debía ser lo más parecido posible a la realidad a fin de no incurrir en contradicciones si hablando con ellos, si es que aceptaban una invitación que le íbamos a hacer para que nos acompañaran a comer, teníamos que intercambiar opiniones sobre nuestra extraña llegada a ese hermoso pueblecito.

Los tres agradables oficiales que cuando hablé con el primero tomó contacto con los otros dos por

teléfono para que me recibieran y para aceptar de inmediato la invitación, no se sorprendieron de nuestra llegada y comprendieron nuestro cansancio y que prolongáramos nuestra estadía en su pueblo. Explicué y pedí perdón por mi ropa de montar y la tenuta de viaje de mis compañeros y les rogué que les explicaran a sus esposas, que también habían aceptado acompañarnos en la comida, la razón de nuestras vestimentas.

Poco antes de las nueve de la noche estábamos reunidos los nueve, los tres oficiales con sus señoras y nosotros tres, frente a una mesa bien puesta en el Hotel San Martín. Charlamos unos aperitivos bien acompañados de muy buenas cosas para picar. A las nueve y media cuando pasamos a la mesa ya éramos amigos.

Nuevamente aquí se produce el mismo fenómeno que en las aguas minerales de Chihuahua, pero esta vez los comensales no eran tristes y apesadumbrados, tal vez analfabetos vaqueros; ahora estábamos entre los altos oficiales y sus elegantes esposas en un muy buen hotel de turismo.

Al poco rato de iniciada la cena, era don Antonio Ruiz con su cariñosa monotonía, que narraba con ternura, con ese afecto envolvente tan sólo de él, a nuestros entusiasmados comensales que esperaban a que don Antonio terminara de contestar una pregunta para formularle otra y otra de los temas más variados. Charlamos largamente acompañados de varias muy buenas copas de buen licor importado. Tarde ya, despido a nuestros invitados, los que comprometieron

nuestra asistencia a la noche siguiente, en una boite de San Martín en la que bailaríamos y don Antonio seguiría con esa charla que nunca debería terminar.

Amaneció el día ocho y yo nuevamente paseándome con mi pipa y contemplando el panorama de San Martín de los Andes. Se presentó un jeep del regimiento con un soldado que lo conducía y que se ofreció para hacernos conocer los alrededores del pueblo. Pablo y Víctor seguían en sus camas.

Subí al jeep y le dije al soldado que quería hablar por teléfono a larga distancia. Me dijo que era imposible, que el único contacto que existía era la radio del regimiento, que si yo quería me llevaba y me presentaba para que hablara. No ví otro camino, tenía que hablar con alguien y ese alguien era Benito Marianetti, el diputado comunista mendocino. Le dije que sí, que me llevara.

Llegamos a un buen establecimiento y el soldado me presentó al oficial a cargo del equipo, le hizo ver que yo era un chileno, amigo de los jefes, y que tenía orden de atenderme.

Le dije que yo era un industrial maderero y que traía un trozo de madera para durmientes que habían quedado en ir a buscar al hotel, y que como nadie había ido yo quería hablar con el abogado de mis clientes que era un señor Marianetti cuyo nombre seguramente lo encontraríamos en el guía telefónico.

Che, me dijo, Marianetti es un diputado comunista. Bueno le dije, pero resulta que es el abogado de mis

compradores de madera y no conozco otra persona con quien hablar porque los compradores están en Europa. Bueno, le voy a hacer citar a Marianetti. Esperé una larga media hora y suena el teléfono. Era Marianetti en Mendoza, en el ejército en Mendoza.

Entré a la cabina y tomé el teléfono, lo único bueno era que la comunicación era clara, el equipo de radiocomunicaciones era bueno y al parecer no había interferencias. Señor Marianetti le dije: le ruego que sepa que yo no estoy equivocado, que la persona con quien quiero hablar es Ud. Bueno, bueno, diga de que se trata. Señor Marianetti yo vengo de Chile a caballo a través de la cordillera con mi secretario ANTONIO RUIZ, me oye, ANTONIO RUIZ y traigo una muestra de madera. Señor, Ud. está equivocado, yo no tengo nada que ver con madera ni con el señor ANTONIO RUIZ. En ese momento se abre la puerta de la cabina telefónica y entra un personaje de unos treinta años que me dice señor... y yo lo interrumpo porque también en ese momento en el otro extremo del teléfono Marianetti tartamudea un poco y me dice Paa... Antonio Ruiz me dijo. Sí le contesté, estoy con mi secretario Antonio Ruiz que al parecer Ud. se acordó de él. Yo traigo la muestra para sus clientes y nadie ha venido a buscarla, aún cuando parece ser que en este momento hay alguien aquí en la cabina que al oír su nombre y que yo traigo una muestra quiere hablar conmigo. Voy a ver de que se trata y sólo en caso de que sea necesario volvería a llamarlo por este mismo conducto. Bien, bien che, ahora ya lo conozco y sé quien es Ud., el maderero de Valdivia, bien, estaré atento por si me necesita, hasta la vista, hasta la vista. Y cortamos.

Casi no cabíamos dos personas en la cabina y el visitante me dijo: ¿Ud. habló de Antonio Ruiz? Yo lo ando buscando. Identifíquese le dije y entonces sacó un carnet del Partido Comunista.

Salimos al pequeño hall en el que estaba la cabina telefónica, me despedí del encargado de los equipos y lo felicité por su buen funcionamiento. Che, cuando guste, cuando guste mi señor, Ud. viene muy bien recomendado. ¿No debo nada? No, cómo se le ocurre. Yo no quería que nadie sospechara de mí y le dije al enlace que se encontrara conmigo en la puerta del hotel en media hora más, le confirmé muy claramente dónde quedaba mi hotel.

Regresé y me encontré con Pablo y Víctor bastante nerviosos esperándome en el hall del hotel. Les pedí que subiéramos a la pieza un momento y sentados en las camas les conté todo lo que había pasado. ¿Cómo hacerlo ahora? Neruda tenía que acompañarnos a la fiesta de la boite. Quedamos de acuerdo en que yo les diría a los enlaces argentinos que nos tenían que esperar en la plazoleta del hotel a partir de la una de la madrugada.

Desde que tomé contacto con el enlace este actuó muy bien. A la media hora justa estaba en el patio, ahí le expliqué que estábamos invitados y que desde la una de la madrugada, hora en la que trataríamos de volver, él nos debía esperar con el auto en condiciones de partir de regreso a Buenos Aires y que yo les entregaría a nuestro Pablo.

¡Que agradable velada nos quedaba por vivir en la boite de San Martín de los Andes! Ya todo estaba resuelto, mi dura, difícil pero apasionante misión en pocas horas más estaría cumplida.

Estábamos viviendo las últimas horas al lado de don Antonio y llegamos a la boite. Ahí nos esperaban los cordiales militares con sus encantadoras señoras. La boite estaba cerrada para cualquier otro cliente. En muy pocos momentos ya estábamos reunidos alrededor de don Antonio, algunos bailes, música suave, muy, pero muy buenos tragos y alguien pide que don Antonio diga algo, sus amigos argentinos se lo pedían. Pablo se paró, se metió detrás de unas cortinas, y salió con un turbante en la cabeza y una gran bufanda que caía hasta el suelo y disfrazado tan extrañamente recitó con mucho humor:

Fue una tarde triste y pálida
de su trabajo a la salida
pues esa chica neurótica
trabajaba en una bótica
le encontré por vez primera.
Fue una pasión efimera
me dejó alorado, estúpido,
con sus flechas el Dios Cúpido
y su puntería sabia
mi corazón herido había.
Me acerqué y le dije histérico
señorita soy Federico
y yo contestó la chica,
yo me llamo Verónica
y en el parque a oscuras solos
nos amamos cual tortólos.

Rápido pasó el tiempo árido
y a los tres meses el márido
era yo de aquella a quién
creía pura y virgén.
Llevábamos un mes de casado,
lo recuerdo fue un sabádo,
la encontré besando a un chico
feo, flaco y raquitico.
De un combo lo maté casi,
y a ella le dije así:
Te creía pura y cándida
y has resultado una bándida
venganza mi honor índica
mujer perjura y ciníca,
después de tu deváneo,
debo volarte el cranéo,
y yo maté a esa mujer
de un tiro de revólver.

Había sido muy agradable, pero de no ser así, creo que igual don Antonio hubiera recibido los apretones de mano de los oficiales y los cariñosos besos de sus encantadoras esposas. Este regalón don Antonio captaba el cariño de todo el mundo. Se pidió la actuación de Víctor Bianchi, él tomó una guitarra y se fue a un rincón para cantar primero la canción del tendadero:

Estaba el tendadero un día
sentado junto a su tienda,
estaba el tendadero un día
sentado junto a su tienda,
Sin venderle un cobre a nadie
que tendrá esta tienda de mierda.

Su compadre allí llegó
a comprarle un cinco de hierba,
su compadre allí llegó
a comprarle un cinco de hierba,
pero el tendadero le dijo
no vendo por cincos meerda.
La comadre se enojó
pues no le vendieron hierba,
la comadre se enojó
pues no le vendieron hierba,
la culpa la tengo yo
de hacer compadre a esta merdaa.

Nuevamente muy cariñosos aplausos a estos cochinos chilenos, pidieron otra canción y Víctor siguiendo con el tipo de tonadas, cantó la canción del zapatero:

Un zapatero furioso
le dijo así a su mujer
si yo te pillo con otro
te doy con el tirapiés,
te tiro la lezna
te tiro el cepillo
la pata de cabra
también el martillo
te doy con el cerote
y con el almidón,
le pego a tu madre
le pego a la mía
le pego a tu abuela y
le pego a tu tía y
se va a la mierda la zapatería.

Nuevas muestras de afecto, otras canciones muy bonitas que no recuerdo, agradables bailes, don Antonio cada vez más cariñosamente rodeado por todas, era el enlace, el que nos unía, el que ponía la vida común, el amor por la vida. La hora pasó y teníamos que irnos, nosotros le comunicamos a los militares que partiríamos en el barquito que cruzaba el lago a las nueve de la mañana. Una grata despedida, las señoras con mucho afecto ese “vuelvan” que suele ser tan encantador.

Llegamos al hotel poco antes de las 2 de la madrugada. En cuanto se fue el jeep que nos había traído apareció el camarada argentino que esperó que Pablo Neruda fuera a buscar su pequeño paquete con ropa y después de un fuerte abrazo, que llevaba encerrado todo el afecto que esa larga jornada había acumulado, subió al auto en el que cruzó el sur del continente americano para llegar a Buenos Aires, desde donde seguiría a Montevideo y Europa, libre, libre, libre de esta pequeña garra del gran capital.

Nosotros tuvimos que explicar a los militares que nos fueron a despedir el por qué don Antonio se había ido a Buenos Aires con unos amigos que habían partido en su auto en la noche desde el hotel y prefería dar toda la vuelta hasta Buenos Aires, Santiago y nuevamente al Sur, antes de montar esos animales que dejaban tan adolorido. Risas, buenos recuerdos y nos despedimos.

Lancha, caballo, nuevamente lanchas, jeeps, camiones autos y la vida siguió su curso. Antes de quince días Neruda apareció en París. González Videla había perdido la batalla.

Álbum de fotos



Neruda con mujeres en la frontera de Chile con Argentina, 1949



Poetas chinos, Lala Calderón, Raúl Bulnes, y la niña Pilar Soza Bulnes, entrega del Premio Stalin de la Paz a Pablo Neruda. 1954.



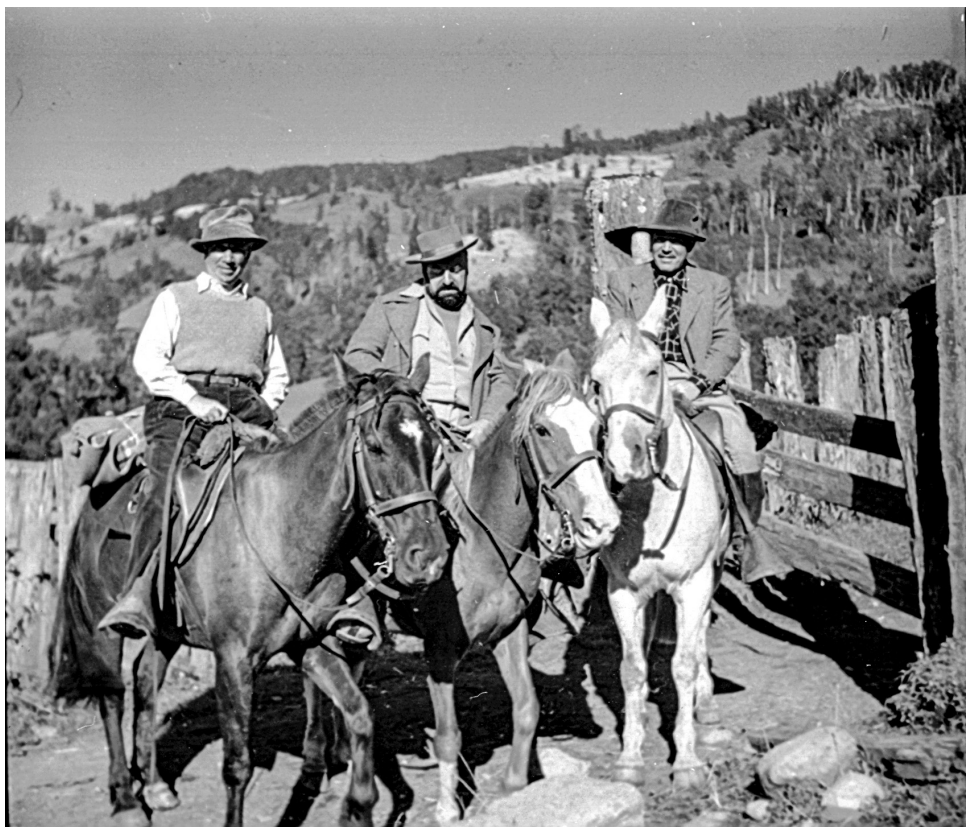
Pablo Neruda, poeta chino, Matilde Urrutia, con delegación china que entrega el Premio Stalin de la Paz a Neruda, y sus amigos Raúl Bulnes, Lala Calderón, y la pequeña Pilar Soza Bulnes. Isla Negra, 1954.



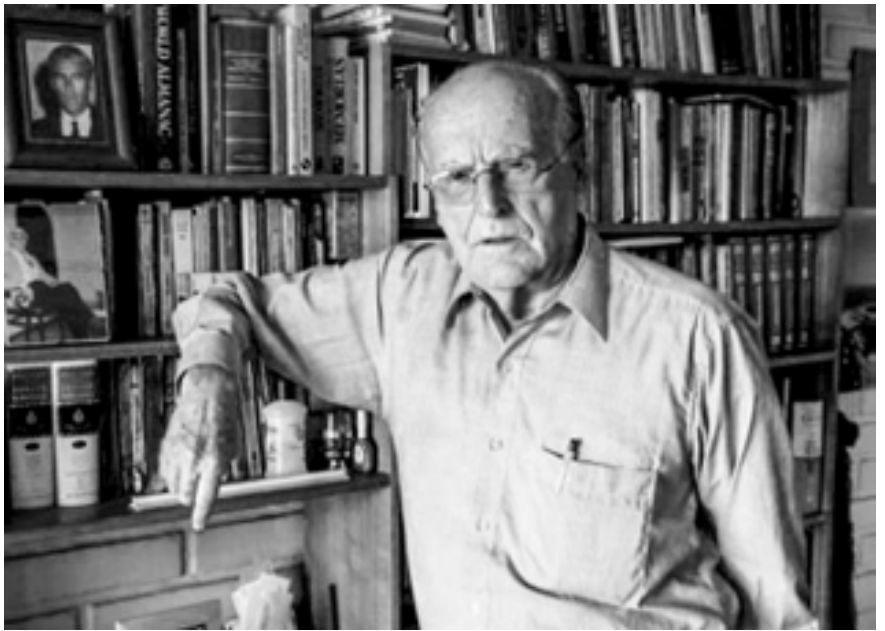
Jorge Bellet, Lala Calderón, Ximena Bulnes, Pilar Bulnes y Laura Giesen,
Hueinahue, 1949.



Raúl Bulnes Cerda y su hijo Raúl Bulnes Calderón, verano 1949.



Victor Bianchi, Pablo Neruda y Jorge Bellet, verano 1949.



Retrato de Victor Pey Casado (1915-2018).



Lala Calderón y sus hijas Ximena y Pilar Bulnes. Lago Maihue, verano 1949.

En su vida de político, como senador del Partido comunista de Chile, Pablo Neruda tuvo que enfrentar los dramáticos días en que el Presidente de Chile, Gabriel González Videla, persiguió implacablemente todo lo que tuviera que ver algo con el marxismo militante.

Neruda leyó en el Senado de la República, su apasionante discurso "YO ACUSO" que impresionó por su profundo contenido, su extraordinaria claridad y la firmeza dramática de sus planteamientos.

González Videla no podía contestar la acusación del senador comunista, el Partido Radical había sufrido un golpe del que con dificultad se levantaría; en ese momento se sintió el inmenso tamaño del "YO ACUSO", Neruda había volado el peso de la historia sobre el partido de los Matta, los Galle, los Aguirre Cerda. Gabriel González quiso destruir el Partido Comunista y sólo había logrado dañarlo profundamente a su propio partido.

Pero el Presidente estaba obsesado, él tenía que castigar al político poeta, los principios del "Yo Acuso" no eran discutibles, pero a su autor se le castigaría, era necesario impedir que la poesía denunciara ante el mundo el dolor de los pueblos humillados por el peso del dinero.- El Gobierno pidió el desafuero del senador Neruda para detenerlo, entonces el senador Neruda iba a conocer la magnitud del garrote en el poder.

Neruda perdió su fuero y toda la policía se lanzó en su contra, había que encontrarlo, obligarlo a pedir perdón. La cordillera fue cerrada y el embajador de México que intentó llevarlo a Argentina esperó: en su calidad de diplomático tuvo que regresar y fue declarado persona no grata para Chile. Las puertas se controlaron con los más modernos sistemas de aquel entonces a fin de evitar que el fugitivo poeta senador intentara huir.- Neruda iba a pagar su ofensa al Presidente Radical.

Mil silenciosos de una cosa a otra, de un pueblo a otro. A Neruda había que rebajarle, golpearlo, su poesía no seguiría denunciando ante el mundo esa poesía, el momento dramático es que su poesía era más y más arrestrada a la dependencia del gran capital.

Desertada la posibilidad de sacar de Chile a Neruda por la zona austral que estaba bastante custodiada, pasaban los meses y el Gobierno cada vez presionaba más, el poeta se era hombre para vivir a sueldo, a veces sin poder hablar porque su voz era incomprensible, en estas cosas cuando aparece el personaje cuya historia voy a narrar, el aristócrata Antonio Ruiz Legerreta, de 45 años de edad, nacido en Santiago de Chile, soltero, con sus obligaciones militares cumplidas oportunamente, domiciliado en la calle Cerro 49, de profesión es - pleado y que sabía leer y escribir. Don Antonio se diferenciaba de Neruda por su hermosa barba y porque casi todos los chilenos queríamos que fueran diferentes.

Acompañé a don Antonio durante poco más de tres meses. Lo que voy a narrar, comienza una tarde de Setiembre de 1948, cuando al llegar al Hotel Schuster de Valdivia donde yo me hospedaba habitualmente, me dicen que un caballero delgado y elegante me esperaba en el Bar.

Fui al Bar, y vi sentado en un rincón tomando agua mineral a un viejo, grande y buen amigo, el ingeniero español nacionalizado chileno y profesor de nuestra Universidad Víctor Pey Casado.

Un fuerte y cordial abrazo. No creí que fuera él quien me buscaba, no pensé que era él el caballero elegante y delgado y miré para todos lados ; en la sala del Bar no había nadie que demostrara la menor inquietud por mi entrada. Víctor sonridente me dijo entonces: soy yo el que te busca, ¿ te parece extraño ?.- Pasen mil cosas muy rápidamente por mi cabeza, mi conclusión fué que Víctor estaba por casualidad en Valdivia y como sabía que yo estaba trabajando en el interior había preguntado por mí. Con su calma tan greta y tan cordial me dijo que se sentara a su lado y agregó: he viajado desde Santiago para hablarte. Iba a seguir a tu fondo cus-

do supe que tu venías los viernes y que te hospedabas aquí. ¿ Recuerdas cuando hacen más o menos tres meses fuiste a mi oficina en Santiago para consultarme sobre el transporte de energía eléctrica porque te proponías instalar un generador de 200 KVA ? ¿ Recuerdas que describiste el sitio en el que trabajabas ? ¿ Recuerdas que hablébamos largamente de los caminos que construías en la montaña, de las máquinas de las que disponías, del transporte de madera en carros coloso que cruzaban los dos lagos en balsas ? ; claro que lo recuerdo, ¿ pero que tiene que ver eso contigo en Valdivia ?.- Allí vamos, cuéntame primero de tu mujer y de tu niño, yo tenía entonces un hijo de pocos meses.- Charlemos largo, con esa cordialidad que Victor Fey como muy poca gente sabe darle al vivir, y al final, tarde ya, cuando nos íbamos a acostar me dijo: Jorge, he venido porque sé de la ubicación de tu fundo, sé de tu modo de pensar, y creo que en este momento-eres de las pocas personas que puede contribuir a sacar a Neruda de Chile. Gonzalez Videla quiere castigarlo, lo busca con toda su policía política.-

Se ha intentado secarlo en el auto de un embajador, y el Gobierno pidió el retiro del embajador. Se ha tratado de embarcarlo y se ha comprobado que todo está sellado por la policía, podrías hablar mucho más pero creo que te debes haber formado una imagen de los problemas que lo rodean.- No sé si recuerdas que la última vez que hablamos en Santiago tu hiciste alusión a un casino que estabas construyendo en el fundo en el que trabajas y que llegaba muy cerca de la frontera con argentina.- Me gustaría visitar el fundo, sus características generales y ver ese casino.- Encantado Victor, encantado por todo, antes que nada para que veas lo que estoy haciendo, y si esto resulta, por tener la suerte de poder ayudar a Neruda.

El sábado estúbenos en la hacienda, Victor quedó impresionado de los adelantos de que disponíamos. Fuimos a visitar el casino en construcción y discutimos amigablemente, pero con antecedentes muy claros a la vista, todos los





C U A D E R N O D E L F U G I T I V O
P A B L O N E R U D A E N L A C L A N D E S T I N I D A D

Esta primera edición conmemorativa al cumplirse 70 años del viaje clandestino de Pablo Neruda (1949 - 2019), fue impresa en los talleres de Andros Impresores, Santiago de Chile.

Se utilizó en su composición y portada la tipografía Biblioteca, realizada por artistas chilenos y liberada de forma gratuita por la Biblioteca Nacional. Para el interior se utilizó papel Bond ahuesado de 80 gramos y para las tapas papel Couché de 300 gramos. Los textos de interiores son de Jorge Bellet y Raúl Búlnes Calderón.

La corrección de estilo estuvo a cargo de Daniela Segovia Chamorro. Las fotografías de interior fueron seleccionadas por Carolina Briones. Fundación Pablo Neruda agradece a todas y todos quienes han hecho posible esta publicación.

